

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

El cumplirse cincuenta años de la Coronación en Méjico de Nuestra Señora de Guadalupe —la más popular en toda América, seguramente, de las advocaciones de la Virgen— ha dado motivo allá a solemnes actos de culto y, por lo que hace al orden temporal, a oportunas evocaciones históricas: muestras de fe, dilatadas hasta la universalidad en su profundo sentido, que muy de cerca tocan a la memoria de nuestra España, esto es, a la conciencia viva de su pasado, según viene alentando en el pecho de muchas generaciones, que la transmiten con renovado fervor. Por lo que esa conciencia hispánica que fluye de continuo determina asimismo una proyección sobre el porvenir de extraordinario alcance.

Nada mejor para formarnos idea de lo que significa la conmemoración de la presente referencia que las palabras lanzadas a ese propósito por el Excmo. Sr. D. Luis Martínez, Arzobispo de Méjico, que tomamos de la revista *Ecclesia*. Helas aquí: "Voy a invitar a todos los Excmos. Sres. Arzobispos y Obispos de América, porque deseamos que este glorioso aniversario sirva para estrechar los vínculos espirituales de todos los católicos de América. Como la Santísima Virgen de Guadalupe fué nombrada por el Soberano Pontífice Patrona celestial de toda nuestra América, no solamente invitamos a los Prelados de esta vasta región para que asistan a las solemnidades jubilaires, sino que rogamos, si a bien lo tienen, que promuevan en sus diócesis, de una manera especial, la devoción a la Santísima Virgen, desde el 12 de octubre de este año hasta el 12 de octubre de 1945. Se proyecta,

por tanto, un año guadalupano. Ya escribí en este sentido a todos los Nuncios, Arzobispos y Obispos de América, y he recibido preciosas respuestas que reflejan que la idea ha tenido eco en muchísimos Prelados..." Por supuesto: en el culto hispanoamericano a Nuestra Señora de Guadalupe se reproduce el que en España misma se la rinde. Lógica e históricamente — dada la raíz de la fe común, por mano de españoles sembrada en las tierras de Ultramar— así ha de suceder.

Consideremos, ante todo, el hecho milagroso de las apariciones de la Virgen de Guadalupe, en circunstancias de tan pura poesía, que la Historia, al recogerlas, parece adquirir las tiernas y emotivas formas de la leyenda: *legenda aurea*. Es éste el tono perfectamente logrado por el P. Croisset —utilizando la primera versión del sublime acaecimiento, que es la del licenciado Miguel Sánchez, espejo a su vez de la tradición oral—, y trasladado al español, con entera fidelidad, por el P. Isla, en ese *Año cristiano* cuya lectura siempre resonará, con acento maternal, en la celda más delicada e íntima de nuestro espíritu. Y volvamos sobre el relato de la aparición, de las apariciones, mejor dicho, de la Virgen al indio Juan Diego. La primera, cuando al pasar por el cerro llamado Tepeyac, camino de la iglesia en que oíría misa, Juan Diego se sintió sorprendido por una música suavísima y una voz celestial que le llamaba por su nombre. Trepó la cuesta a toda prisa, y vió, bajo súbito arco iris, a una hermosísima Señora irradiando luces que lo transfiguraban todo. "Yo soy la siempre Virgen María", oyó el indio, en dulce arrobamiento. "Es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde, como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa y la compasión que tengo de los naturales y de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que solicitaren mi amparo y me llamaren en sus trabajos y aflicciones. Aquí oíré sus lágrimas y ruegos para darles consuelo y alivio; y para que tenga efecto mi voluntad, has de ir a la ciudad de Méjico y, presentándote al Obispo que allí reside, le dirás que yo te envío..." La aparición se reprodujo al día siguiente, después de haberse hecho escuchar Juan Diego por el Obispo de Méjico, que lo era el famoso Fray Juan de Zumárraga, quien, llevado de la natural prudencia, le pidió al indio pruebas del prodigio relatado. Por tercera vez se apareció María Santísima a Juan Diego, que

refirió cuanto le pasará con el Obispo, y cómo le había éste pedido "una señal cierta" por la cual se conociese que era la Madre de Dios quien le enviaba y que era voluntad suya que en aquel cerro se la edificase un templo; la Virgen le encargó que volviese al día siguiente y le daría la señal por la que fuese creído. No pudo volver Juan Diego, porque, habiendo caído enfermo un tío suyo, hubo de buscar un religioso que le administrase los Sacramentos, y siguiendo camino distinto al habitual, "vió a la Madre de Dios bajar de la cumbre del montecillo como para salirle al encuentro". Le aseguró la Virgen que "en aquella misma hora se hallaba ya sano su tío", y le pidió que subiese a la cima del Tepeyac y recogiese las rosas que allí encontrara. Bien sabía Juan Diego que en aquella altura, cubierta por las nieves de diciembre, no había flores. Pero su fe le condujo a la cumbre señalada y halló, desde luego, rosas, que cortó, envolviéndolas en su capa o *tilma*; al ser ésta desplegada después, en presencia ya de Fray Juan de Zumárraga, reveló, tejida o pintada en la ruda tela, una hermosísima imagen de la Virgen, "obra de ángeles", en tanto caían al suelo las rosas inverosímiles del Tepeyac, "que conservaban todavía el rocío con que habían sido cortadas...": milagro patente.

Ocurría todo esto el 9 y días inmediatos de diciembre de 1531: a los diez años, por tanto, de haber plantado Hernán Cortés en aquellas tierras la Cruz de Cristo y, junto a ella, sus banderas de capitán español, en fiel y heroico servicio. Pensamos que el privilegio de ver y oír a la Madre de Dios en el Nuevo Mundo tenía que estar reservado precisamente a un indio. ¿Habrá irreverencia en decir que así tenía que ser?... No ya porque las almas sencillas son las mejor predispuestas a la emoción incomparable del milagro, sino, de modo especial, porque se trataba de un indio, y en la conversión del indio estaba cifrada la empresa acometida por España, que antes quiso hacer, e hizo, de su presencia en los pueblos recién descubiertos, una evangelización que un mero negocio colonial. El indio se hermanaría con el conquistador y colonizador llegado de España, y ningún vínculo les haría fraternizar mejor ni tanto como la fe en Cristo y el amor a su Madre. La hermandad se evidencia más aún en las formas populares de un mismo culto. La Virgen de Guada-

lupe, en Méjico; en toda América, luego, La Virgen de Guadalupe, antes y siempre, en España.

No deja de ser instructivo seguir las incidencias por las cuales tuvo que pasar, antes de prevalecer en definitiva, el culto a la Virgen de Guadalupe. La humana limitación hace recejar de los prodigios que, justamente por serlo, escapau a la razón y a los sentidos. Tenemos a la vista el "Prefacio" que ha puesto M. Robert Ricard a la versión española, en Méjico, de su libro *La conquête spirituelle de Mexique*, y, replicando en él a ciertas observaciones del doctor Angel María Garibay, nos hace ver cómo la devoción guadalupana, contra la indiferencia de unos y la hostilidad de otros, pues muchos pasaron de la raya impuesta por explicables reservas, fué obra de dos grandes prelados españoles: Fray Juan de Zumárraga, franciscano, y Fray Alonso de Montúfar, dominico. Bajo el báculo de estos dos Arzobispos de Méjico, "nació, creció y triunfó" el culto a Nuestra Señora de Guadalupe. El primero es quien escuchó al indio Juan Diego y se dejó llevar por éste al sitio en que la Virgen se había aparecido, donde se alzaría, enriqueciéndose a lo largo de los años, el templo llamado a erigirse en centro de la piedad mejicana y estímulo o inspiración de otras iglesias, ermitas, monasterios, etc., que han ido surgiendo de toda la tierra hispánica. Fray Alonso de Montúfar renovó el brioso impulso de su antecesor, y tuvo que sostener canónicas batallas, como la librada contra Fray Francisco de Bustamante, que, en imprudente sermón, había hostilizado el culto a la Virgen de Guadalupe, motivando una "Información" que dejó al descubierto un turbio interés político y social. La fe del indio en la Virgen de Guadalupe, por cuya intercesión le llegarían gracias de maternal amparo, alarmaba a los encomenderos que se excedían en su poder. O dicho con palabras de D. Antonio María Fabié, en un informe a la Academia de la Historia, que con anterioridad había estudiado ya un tema tan vinculado a la tradición y destino de las Españas como las apariciones del Tepeyac. Las explicaba Fabié diciendo que se produjeron "para que los indios entendiesen que aquella misma Madre que amparaba a los de España, amparaba también y protegía a los recién añadidos al rebaño de Cristo en las Américas".

Pese a oposiciones de aquella o diversa índole, el culto a la Virgen de Guadalupe arraigó en el grado que revelan las si-

güientes palabras del erudito D. Joaquín García Icazbalceta —testimonio de mayor excepción—, que impugnó el sobrenatural origen de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe: “En mi juventud creí, como todos los mejicanos, en la verdad del milagro.” Todos los mejicanos continuaron creyendo en él, y su fe la han mantenido a salvo de cualesquiera contingencias. Dura e indefectible prueba fué, en otro sentido, la constituida por la emancipación de los pueblos hispanoamericanos. Las jurisdicciones respectivamente acotadas por Virreinos, Capitanías generales y Audiencias dejaron de inscribirse en la contraída órbita de la Monarquía española. Pero persistió, con la religión inculcada por los españoles en el corazón de los indígenas, el culto a la Virgen de Guadalupe, en toda América, acogida a su patrocinio, y, particularmente, en Méjico. Este excelso fenómeno de comunidad en la oración era el áureo hilo que aseguraba, a través de un natural proceso histórico, la unidad y continuidad de la raza hispánica, percibiérase o no este designio, con adecuada perspicacia, en difíciles tiempos de circunstancial guerra y disentiimiento político. En cualquier supuesto, la memoria de los bienes recibidos se asoció al porvenir brindado por la Independencia, en el nombre que hubo de asignarse al lugar santificado por la presencia de Nuestra Señora: *Guadalupe-Hidalgo*, y asimismo se hizo llamar *Guadalupe-Victoria* el primer Presidente constitucional de la República mejicana, Manuel Félix Fernández.

El culto a la Virgen de Guadalupe en Méjico y en las tierras todas de la Hispanidad, con expresá inclusión de las Islas Filipinas, es honor inmarcesible de la España misionera, por razones que en primer término son religiosas, pero que también afectan a lo temporal. Es enorme la fuerza de representación que encierra el vocablo mismo de *Guadalupe*. Por haber descubierto el pastor Gil Cordero, en la Sierra española de aquel nombre, a fines del siglo XIII, la imagen de una Virgen que San Isidoro, recibiendo de San Gregorio Magno, en Roma, envió a San Leandro, y que había sido enterrada para ponerla a cubierto de las profanaciones llevadas consigo por la irrupción mora, el nombre geográfico se hizo nada menos que advocación mariana.

Y por ser Extremadura tierra de conquistadores dijérase que hubo en el descubrimiento por el pastor cierta predestinación hispanoamericana. Tocado de gracia virginal el nombre de Gua-

dalupe y llevado a las Indias, entre fulgores, por la espada de Cortés y de Pizarro, se multiplicaron las ciudades y aldeas, los montes y ríos de igual denominación, en tierra firme e islas perdidas, mientras el Monasterio extremeño, alzado sobre la primitiva ermita para eterna recordación, atraía ya peregrinaciones de todos los confines, con Reyes a la cabeza, sabiendo de glorias peninsulares y esplendiendo luces que inundaron de piedad y cultura al Orbe católico. Volvió Cortés con sus trofeos a postrarse en acción de gracias al Santuario que siglos atrás viera también de rodillas al vencedor del Salado. Para que los conquistadores acertaran a conocer la España de que eran mandatarios y que España había de reproducir en Ultramar, les bastaba con recibir de Guadalupe, real o simbólicamente, el santo y seña: de Guadalupe, síntesis admirable por su riqueza de elementos, variedad de órdenes arquitectónicos y resonancias históricas; prueba extraordinariamente valiosa del saber y virtudes de los Jerónimos, con sus grandezas del espíritu y de la artesanía; con sus teólogos, escriturarios y confesores; con sus miniaturistas, bordadores, orfebres, tallistas, rejeros... Toda una España resuelta, firme y humilde, con los ojos en el cielo y bien asentada la traza corporal en la sencilla verdad de una bella naturaleza. De allí, hacia allá.

Todo un Mapa-Mundi, cuajado de *Guadalupes*, se halla a los pies de la Virgen bajo cuyo manto se refugian americanos y españoles, seguros de su hermandad, como lo están — y veamos en esto algo más que una alegoría— el indio Juan Diego y el extremeño Gil Cordero, de haber descubierto fraternalmente, por encima del tiempo y del espacio, un mismo caudal de fe y de amor.

M. FERNÁNDEZ ALMAGRO.